

## La rueca

La virgen hilaba,  
la dueña dormía,  
la rueca giraba  
loca de alegría.

Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones.

Gira, rueca mía,  
gira, gira al viento,  
que se acerca el día  
de mi casamiento.

Gira, que mañana  
cuando al alma cante  
la clara campana,  
llegará mi amante.

Hila con cuidado  
mi velo de nieve,  
que vendrá el amado  
que al altar me lleve.

Se acerca; lo siento  
cruzar la llanura,  
me trae la ternura  
de su voz al viento.

Gira, gira, gira,  
gira rueca loca,  
mi amado suspira  
por besar mi boca.

Cordero divino,  
tus blancos vellones  
no igualan al lino  
de mis ilusiones.

La niña cantaba,  
la dueña dormía,  
la luz se apagaba  
y sólo se oía  
la voz crepitante  
de la leña seca  
y el loco y constante  
girar de la rueca.

FRANCISCO VILLAESPESA

## ALONSO DE LEON

(Conquistador de Texas)

Por José SANZ Y DIAZ



N 1945 hizo un siglo que el estado norteamericano de Texas fue admitido en los de la Unión anglosajona. Estas tierras del golfo de México, regadas por el Mississipi y el Arkansas, fueron descubiertas y anexionadas a nuestra corona por el Conquistador hispano don Alonso de León, siguiendo órdenes del Conde de Galve, entonces Virrey de Nueva España. Apartando por falso el párrafo de tanta bibliografía mendaz como en los últimos tiempos se ha producido sobre Texas, tomamos como guía de este trabajo objetivo, las informaciones diplomáticas de los Virreyes Galve y Sarmiento Valladares, los estudios documentados de don Carlos Pereyra y las obras «Historia de la geografía de México», por Orozco y Berra y «Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas». Más de medio siglo antes de ser ocupado Texas en nombre de España por Alonso de León, que llevó a cabo la conquista en 1689, ya habían recorrido la región meridional de lo que hoy son los Estados Unidos varios conquistadores españoles; entre ellos, Esteban Gómez, en 1525, piloto famoso; Lucas Vázquez de Ayllón, en 1526, antes de morir en la Florida; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en su epopeya de 1530 a 1536, y el capitán Hernando de Soto en 1539.

Alonso de León, capitán esforzado y político sagaz, era en el último tercio del siglo XVII Gobernador de Coahuila (Nueva España), y por la proximidad de esta comarca con la de Texas recibió el encargo de explorar las costas del golfo de México y las tierras del interior, donde se habían establecido algunos aventureros franceses huyendo de la ley.

El jefe castellano preparó una compañía de arcabuceros y, llevando consigo al Padre Masonet como misionero, se puso al frente de la misma. Era el año 1689. La marcha fue lenta y difícil, a través de selvas intrincables pobladas de indios y de fieras en acecho; de ríos caudalosos invadables, de cañones o barrancos de dantesca belleza y muchas llanuras desiertas donde en muchos días de camino no descubrieron las gentes de Alonso de León el menor rastro de vida humana.

Llevaban como guías unos salvajes texanos, indios de amarillenta piel y oblicuo mirar, de los que no se fiaban nada los españoles. Los insectos y los reptiles les mortificaban de continuo; las acémilas de la impedimenta y los caballos de los oficiales apenas podían pasar por los túneles de ramajes en los bosques, por los inverosímiles sendajos que bordeaban los abismos, por las corrientes impetuosas de los ríos que se precipitaban en cataratas, y por los pantanos disimulados entre juncados y josma vegetal. Jornada tras jornada, desgarrados y sangrantes, llenos de suciedad y de fatiga, por fin dieron vista a una gran laguna y sobre un altozano de sus riberas divisaron un fuerte abandonado.

El lago era lo que llamaban los franceses de la época «Bahía de San Luis», y los españoles Laguna de San Bernardo o del Espíritu Santo. Alonso de León dispuso convenientemente sus soldados y avanzó solo hasta las fortificaciones. Se trataba de un fortín de madera, rodeado con setos protectores, al que había adosadas algunas casas o albergues. El capitán español disparó su pistola de chispa, para avisar a los del recinto; pero nadie contestó y se hizo, tras el disparo, un silencio impresionante. Tan sólo una bandada de cuervos, buitres y zopilotes alzó pesadamente el vuelo ante la llegada de los españoles.

Un cuadro macabro se ofreció a la vista de Alonso de León y del fraile Masonet, al saltar la empalizada seguidos por los arcabuceros. El castillete estaba destrozado, las cabañas ruinosas y la barrera de vigas incendiada, denotando todo un ataque feroz de los indios. Un fuerte hedor a carroña les puso en contacto con varias docenas de cadáveres insepultos, eran los de los desdichados colonos franceses y españoles que habían perecido a golpe de porra o de hacha, a flechazos y lanzadas. Las bárbaras tribus amarillas, una vez saqueado el fuerte y despojados los muertos de sus vestidos, incluso de sus cabelleras, habían huido a los bosques, valles o cañones del interior, seguras de no ser molestadas.

Abierta una zanja en medio de la plazoleta del fortín y al pie de un árbol milenario, se dio cristiana sepultura a los restos y cadáveres de aquella primitiva colonia que, según supo después Alonso de León, había fundado furtivamente el hispanofrancés Roberto de la Sala con un grupo de aventureros que supieron defender bravamente sus vidas antes de caer con el cráneo hundido por las pesadas macanas de los bárbaros indígenas, pertenecientes al clan de los carancalmases, que asaltaron la colonia por sorpresa, pereciendo muchos de los asaltantes. El Padre Masonet rezó un responso y los soldados presentaron armas. Todas estas referencias del combate las obtuvo el capitán español de los

pocos europeos que habían logrado salvar la vida y que erraban entre las tribus menos belicosas y a través de los montes, cuando, tras de clavar una cruz monumental sobre la fosa y acabar de destruir el poblado, dio la vuelta a Coahuila siguiendo el curso del río San Antonio, no sin antes tomar posesión, rodilla en tierra, la espada desnuda en la diestra mano y en la izquierda el estandarte morado de Castilla, de aquellos desolados parajes en nombre de la corona de España.

Otra vez emprendió Alonso de León la fatigosa marcha a través de las selvas y de los ríos, que en el interior de Texas son alrededor de un centenar, abriéndose paso en la maleza a fuerza de coraje hasta encontrar un valle pintoresco, «unos indios desconocidos, ocupados en hacer provisión de carne de cibolo», que asustados del imponente atuendo de los guerreros castellanos —corazas, cascos, arcabuces y picas en los que se quebraban los rayos del sol— y sobre todo del grupo de centauros que formaban los jinetes, espectáculo jamás visto por aquellos salvajes que creían que hombres y caballos constituían un solo monstruo, arrojaron las armas y postrados empezaron a gritar con la infernal algarabía que un temor supersticioso les dictaba: «Texias, texias», que en su lengua aborigen quería decir: «Amigos, amigos».

Eran indios armados, del clan o tribu de los assinais, que ante el capitán Alonso de León hicieron acatamiento al rey de las Españas, pidiéndole que les enviara misioneros para civilizarlos y soldados para hacerles la guerra a las tribus enemigas que eran, según confesaron, los que a traición dieron muerte a los *rostros pálidos* del fuerte colonial de la bahía de San Luis. Así prometió que lo haría en cuanto diera cuenta de todo al virrey de la Nueva España.

Con estas primeras palabras de *Texias, texias*, que oyeron por primera vez los conquistadores españoles de labios indígenas en las pintorescas márgenes del río San Antonio, quedó bautizada la región como la *Tierra de los Texias*, que por corrupción de la fonética española se convirtió pronto en Texas o Tejas, nombre que ha prevalecido sobre el de Nuevas Filipinas, con que después oficialmente la bautizaron.

Alonso de León obsequió con *rescates vistosos* a los caciques assinais, el Padre Masonet bautizó a algunos de ellos y despidiéndose amigablemente de la tribu partieron nuevamente los españoles para la Coahuila, a donde llegaban sin contratiempo semanas más tarde.

El Gobernador fue recibido en triunfo por la colonia y a continuación marchó a la capital azteca para dar cuenta al conde de Galve, Virrey de México, de todo lo acontecido, lo cual «le plació mucho». Acompañaba al conquistador de Texas el misionero Masonet, con el propósito de reclutar otros frailes con que establecer la primera misión católica

entre los indios tejanos. Como «la mies era mucha y pocos los operarios», sólo pudo disponer de tres frailes franciscanos.

El virrey felicitó al capitán gobernador por el feliz resultado de su expedición, ordenándole que volviera a Texas para colonizarla y que para mejor cumplir su cometido le enviaría tropas, artesanos de varios oficios, viveres y enseres desde la Nueva Vizcaya.

Satisfecha la comisión cerca del Conde Galve, volvieron todos a Coahuila; pero al tardar la llegada de los refuerzos prometidos por el Virrey, Alonso de León partió sin esperarlos de Santiago de Monolova, es día 27 de Marzo de 1690 rumbo a Texas y dejando guías y órdenes para que en cuanto llegaran las gentes de Nueva Vizcaya partieran a incorporarse a marchas forzadas.

Tenia el propósito de libertar a los pocos colonos franceses que se salvaron de la hecatombe del fuerte de San Luis, sobre los que corría el rumor de que estaban como esclavos de algunas tribus belicosas; pero no logró dar con ellos en su marcha hacia la laguna de San Bernardo o del Espíritu Santo, a donde llegó sin novedad Alonso de León con sus gentes e impedimentas.

Cuando ancló sus tiendas sobre las ruinas del fortín de San Luis —nombre dado por Roberto de la Sala—, era el día 26 de Abril de 1690. Explorando los arenales de la bahía, encontró varias piezas de artillería que a poca profundidad y envueltas en ramaje, habían enterrado los colonos franceses o sus asaltantes. Fue un buen hallazgo, pues los cañones y culebrinas estaban en perfecto estado y con su caja de municiones correspondientes.

Rehecho el fuerte y establecido el campamento, llegó la columna que el Virrey le enviaba desde Nueva Vizcaya, compuesta de soldados y técnicos manuales, con sus correspondientes armas, municiones, herramientas y bagajes. Para celebrar su llegada se dijo por los misioneros una solemne misa de campaña y después se obsequió a la tropa con ranchos especiales, a base de carne, pues en la comarca abundaba la caza, tanto como la pesca en la laguna.

Al día siguiente envió el capitán León un correo o mensajero al cacique de los Texas, indios assinais, con los que pactara el año anterior, diciéndole que ahí estaban los misioneros y soldados ofrecidos en nombre del Rey de las Españas, poderoso señor que imperaba en infinitos pueblos, gentes, mares y tierras, el cual los protegía paternalmente mientras le prestaran el debido acatamiento.

Como el enviado no retornara al campamento, impaciente por su suerte el capitán español salió para el interior con una compañía de soldados, topando a las pocas jornadas con el cacique supremo de los

indios assinais o texias, en cuya compañía y bien agasajado se hallaba el mensajero. Acompañaban al jefe amarillo varios notables de su tribu, que con él se dirigían al encuentro de Alonso de León, y todos juntos hicieron varias jornadas más hasta llegar a un valle fértil, rodeado de umbrosas arboledas, cubierto de verde césped y regado por un alegre riachuelo. Había en él «muchas casas y gran copia de habitantes», pintarrajeados y adornados con ajorcas de ricos metales y vistosas plumas multicolores. Las cabañas eran de forma cónica y formaban un círculo, una amplia plazoleta donde se alzó la misión convenida con los indios. Estos fueron obsequiados con cintas, cascabeles, tijeras, cuchillos, espejos, escapularios, estampas y muchos objetos de bisutería, de los que iban bien provistos los españoles y que hicieron la felicidad de los nativos. Estos se encargaron de levantar iglesias en todas las aldeas de su comarca y casas para los misioneros, que paternalmente contestaban a los indígenas preguntas que les hacían y que poco a poco empezaron a instruirlos en los misterios de nuestra religión, antes de recibir las aguas del bautismo.

Fundada la primera misión católica española en aquel lugar, bajo la advocación de San Francisco de los Texias, el día 22 de Mayo de 1690 los indios se mostraron orgullosos de un templo y de la amistad de aquellos poderosos *hombres pálidos*, que hacían brotar el rayo y el trueno de las armas que portaban. No cesaban de llevarles regalos a los misioneros y a los soldados, especialmente al capitán, al que los indios notables trataban con admiración y respeto.

En las fechas siguientes Alonso de León, en nombre de su Emperador, «tomó posesión definitiva del país con las ceremonias acostumbradas de levantar el estandarte real al gritar vivas al monarca español y disparar la arcabuceria; el jefe texano y sus capitanes prestaron juramento de obediencia, prometiendo ser siempre fieles a los blancos y a su rey, servirles en todo, defender y alimentar a los misioneros, en fe de lo cual entregaron voluntariamente en rehenes a tres de sus próximos y más distinguidos parientes».

Así quedó fundada la primera provincia franciscana de Béjar y anexionado el territorio texano a la corona de Castilla, gracias a la inteligencia y al valor de Alonso de León, lo mismo que al celo apostólico de aquellos cuatro primeros misioneros españoles que fueron a predicar la dulce doctrina de Cristo en las tierras inhóspitas del sur de los actuales Estados Unidos.

Después se fundó otra misión en un valle inmediato, llamada de Jesús, María y José, pidiéndole nuevos padres al general de la Orden Franciscana de México. En ambas dejó Alonso de León algunos colo-

nos y una sección de soldados para su custodia, prometiéndoles el envío regular de todo cuanto fuera indispensable para su vida entre los salvajes.

De regreso a Coahuila por los bosques del interior —luego de haber levantado el campamento de San Luis—, topó con algunas tribus levantiscas tras de ligeras refriegas y libertó a unos franceses que tenían como esclavos, por los que le exigían disparatados rescates. Llegó a la sede de su gobierno a mitad de Julio de 1690. Los franceses rescatados, entre los que había una joven bellísima de catorce años de edad, llamada Magdaleine Tolón, fueron enviados con un detallado relato de la segunda expedición al Conde de Galve, Virrey de Nueva España, quien a su vez los embarcó desde Méjico para la Corte Española, con el ruego de que le contaran al rey todo lo sucedido.

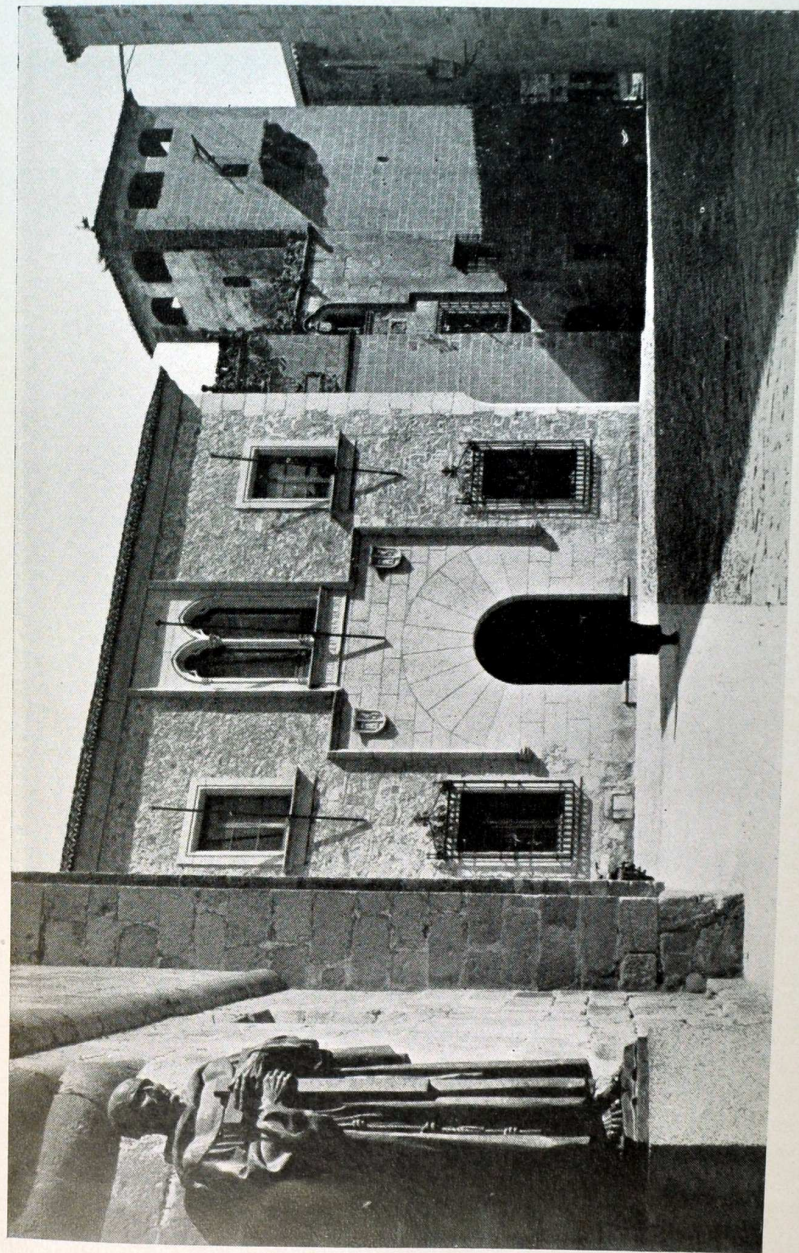
Al llegar aquí se pierden las noticias documentales sobre el conquistador de Texas y Gobernador de Coahuila, don Alonso de León, y surge en el escenario geográfico del presente trabajo la figura del capitán Domingo de Terán, primer Gobernador Español de la provincia de Tejas, nombrado por la Corona a través del Virrey Galve, que llevaba la orden de hacer «un exacto reconocimiento de los terrenos inmediatos a la costa del Golfo de México y de fundar ocho misiones más, a cuyo efecto se destinaron nueve religiosos de *Propaganda Fide* y una compañía de presidiales al mando del oficial don Francisco Martínez».

Como era difícil conducir por tierra las provisiones y útiles necesarios para la colonización en marcha, salió un barco para llevarlas por mar y la expedición terrestre pasó de Méjico el 1691, llegó a Coahuila en Junio y a Texas en Octubre, después de mil incidentes enojosos debidos en parte al mal tiempo y tras de haber recogido la carga desembarcada por el navío en la costa.

Terán exploró el resto del territorio de Texas pero sólo pudo fundar dos misiones más, que dotó de víveres y soldados. El Gobernador no logró que prosperara la naciente colonia y sintiéndose fracasado, después de muchas fatigas y de cuantiosas sumas gastadas, volvió a Méjico a dar cuenta al Virrey de su desdichada gestión.

Otras expediciones menos importantes se hicieron en el siglo siguiente, estableciéndose unos tres mil españoles en las ciudades de San Antonio de Béjar, que era la capital, San Luis o Bahía del Espíritu Santo y en Nuestra Señora del Pilar de Bucareli.

Pero el grande verdadero explorador y conquistador de Texas fue el esforzado capitán y hábil político don Alonso de León, que fue, como tantos otros varones ilustres, honor y orgullo, blasón y escudo de nuestra misión ecuménica en tierras americanas.



ALBUM EXTREMEÑO.- Plaza de Santa María y Monumento a San Pedro de Alcántara, Cáceres. (Foto Arribas).